

El maestro

En nuestras vidas nocheras
a lo largo de este valle
que asciende junto a las cuevas
donde nos signó el destino,
vemos la figura vaga
pasar de un encapotado
cuando más cierra la noche.
Con el viento entre sus pasos
la capa deja entrever
una lámpara escondida
debajo del manto espeso.

Muchos ven algún destello
de la lámpara discreta,
y es suficiente el recuerdo
de esa pasajera luz
para iluminar los años,
hasta el final de sus noches.
Pero algunos, siempre pocos,
por cosas del viento a veces,
o el paso del Peregrino,
o quizás algún designio
suyo o alguno mayor,
reciben un golpe franco
de luz de bajo la capa,
y es tal su brillo y calor
de mil soles de promesa
de ciencia y arte mayor
y de un cariño tan hondo
que no mide el sentimiento,
que sin pensarlo, al instante,
su vida se ha decidido,
y se vuelcan al camino,
ascendiendo por el valle,
a oscuras, a media noche,
acompañando los pasos
del maestro peregrino.

¡Pasos extraños y ciertos,
que hacen fácil cuanto es arduo
y sencillo lo difícil!
Pasos ligeros y graves,
circulares y directos,

que de la noche montera
hacen un tránsito alegre,
y que enseñan los misterios
luminosos de otra altura,
de los collados del alba
y del día venidero.

Entre la marcha, secreto,
el maestro peregrino
es de una sola enseñanza
pero de múltiples rostros:
¿era alegre o muy solemne?
¿era fiero o compasivo?
¿era uno más de nosotros
o estaba siempre distante,
con su atención en el fuego
de la luz bajo su manto?
¿era de oriente, occidente?
¿era del norte o del sur?
¿o era un extranjero siempre
por donde quiera que iba?

El Maestro peregrino
era una luz de mil rostros,
una quietud en mil pasos,
y era distante y cercano,
tanto que todos los suyos
sentían que no tenían otro
mejor amigo en el mundo.

Y al viento, al tiempo y la noche
el maestro va pasando,
más arriba y más adentro
en la montaña nochera:
la luz es la misma siempre
de mil soles de promesa,
pero el manto es más discreto
y el paso más reservado.
Más forastero que nunca,
vuelto silencio hacia dentro,
atento al fuego solar
de su lámpara escondida,
ahora ¿se ha vuelto él mismo

luz de su fuego secreto?
Lo habían olvidado y vuelven
a entender los compañeros:
lo único cierto era el sol
de su luz bajo la capa;
el rostro era el velo amable
que nos permite mirarlo.
Queda la luz, pasa el rostro.

Luz peregrina no acaba:
más arriba y más adentro,
hacia los montes del alba,
el paso, su movimiento,
es una vida ascendente
que no conoce morada,
«Porque esperanza de cielo
tanto alcanza cuanto espera».

JA
Sta. Cruz de la Palma
2017年3月21日